

Nacho de Diego a solas

Pedro VÍllora
13 de abril de 2010

No creo que *La playa de los perros destrozados* sea una obra sobre el sida. Tampoco estoy convencido de que pueda decirse que es un texto sobre la homosexualidad. Ni la condición sexual de los personajes ni el hecho de contraer el síndrome de inmunodeficiencia adquirida conforman el eje central de este relato. Además, en ningún momento el autor se entretiene en aportar un punto de vista especial sobre estos dos elementos que, no hace muchos años, habrían servido para adjetivar la pieza, etiquetarla, encasillarla o simplemente llamar la atención. Aquí no se valora el sida como un estigma o una plaga bíblica ni se tilda a los homosexuales de proscritos o, caso contrario, de héroes frente a una sociedad que –no esta vez pero en muchas otras ocasiones sí- se presenta con los colores de la represión y la castración.

La peculiaridad de *La playa de los perros destrozados* y, consecuentemente, la grandeza moral de Nacho de Diego, su autor, es que resulta indiferente que los personajes sean homosexuales o heterosexuales. Esta es una percepción tan corta de la sexualidad que no sirve de nada ante un protagonista masculino que ama a una mujer y vive con ella, y que al mismo tiempo ama a un hombre y se acuesta con él. ¿Porque Roberto se relacione con hombres quedan invalidadas sus experiencias con mujeres? ¿O acaso es heterosexual cuando está con Diana y deja de serlo cuando está con Christian?

Tal vez haya visiones integristas homosexuales y heterosexuales que cuestionen a Roberto por su indefinición, pero la visión de Nacho de Diego está por encima de maximalismos. En su radicalidad, uno puede ser lo que buenamente quiera y pueda, sin más límite que el respeto al otro, y es justo ahí donde Roberto comete su error: al transmitir el sida a su esposa, lo de menos es que él mismo se haya contagiado acostándose con hombres y no con mujeres; lo esencial es que Roberto ha traicionado a Diana, dañado la confianza que ella había depositado en él y quebrado su modelo conyugal.

El sida, por tanto, no es más que el exponente del engaño, no un mal en sí mismo. Pero es importante porque desencadena las reacciones pertinentes para hacer comprender a Roberto que su comportamiento con Diana, a la que adora, ha sido irrespetuoso. Es posible que el respeto sea hoy un concepto liviano de tan maltratado como es, pero no por ello deja de ser fundamental. Roberto no ha respetado a la persona

a quien ama y es eso, y no el sida, lo que le hace preguntarse por qué se ha permitido herirla, por qué ha hecho tan mal uso de su amor.

La playa de los perros destrozados es una obra de personas que lo tienen todo para amar y ser amados, para vivir felices y gozar en compañía, para triunfar en la amistad y en la pareja, pero que todo lo pierden por no saber qué se debe al otro, a qué renunciar, cómo hacer que los demás se sientan dichosos y confiados consigo mismos y con nosotros.

Como buena obra de Nacho de Diego que es, *La playa de los perros destrozados* es una historia de gente sola que habita en el tumulto, de personas que se hacen daño por inercia, de resentimientos que generan traumas y caprichos, y desencuentros que se resuelven en rencor.

Destrozados por la falta de respeto, destrozando aquello que no saben respetar, los personajes de Nacho aúllan su dolor por las esquinas de una sinfonía de elementos discordantes. Quisieran superar la soledad, creer que el amor y la amistad vinieron para quedarse sin tener que retenerlos, pero ignoran que conocer y conocerse es una labor interminable, un esfuerzo sin fin, un trabajo de precisión que jamás llega a culminarse.

Nacho de Diego es un autor que escribe desde obsesiones. La soledad, sin duda, es la mayor de todas ellas, y en un segundo plano vienen las demás: la homosexualidad, la cultura, la inteligencia mal utilizada... Por eso sus personajes suelen ser homosexuales, encuentran refugio en las creaciones de los artistas –ellos mismos pueden serlo- y gustan de analizar actitudes y comportamientos propios y ajenos. Pero nada de ello les exime de equivocarse y adoptar decisiones que jamás los salvarán de su condición solitaria. Por eso son reconocibles. Están entre nosotros. Sufren como nosotros. Acaso somos nosotros. A lo mejor Nacho nos ve así –o se ve- y así es como nos describe a sus contemporáneos: inteligentes, cultos, con todo para ser felices pero irrespetuosos y, por tanto, irremisiblemente solitarios.